

Salamanca, donde le dieron honorífica sepultura ante el altar de Nuestra Señora del Pópulo, en el ángulo que llamaban de los Santos (1).

(1) He aquí la inscripción que se le dedicó en aquel sitio:

MAG. FR. LUY-SIO. LEGIONENSI.
DIVINARUM. HUMANARUMQUE.
ARTIUM
ET. TRIUM. LINGUARUM PERTISS.
SACRORUM LIBRORUM PRIMO APUD SARMANT.
INTERPRETI
CASTELLE. FROVINCIALI.
NON. AD. MEMORIAM. LIBRIS. IMMORTALEM.
SED. AD. TANTÆ. JACTURÆ.
SOLATIUM.
HUNC. LAPIDEM. A. SE. HUMILEM. AB. OSSIBUS
ILLUSTREM.
AUGUSTINIANI. SARMANT. P.
OBIIT. AN. M. D. XCI. XXIII AUGUSTI.
ÆT. LXIV.

En el siglo XVIII fué reemplazado este epitafio por otro que, como dice bien González de Tejada, *sólo tenía el mérito de ser más largo y menos expresivo.*

XVI

LA FAMA PÓSTUMA

Para completar la parte biográfica del presente estudio, resta que sigamos á nuestro héroe á través de la segunda existencia que otorga á sus escogidos la musa de la historia, y le consideremos en relación con el juicio de la posteridad, describiendo las vicisitudes por que ha pasado su fama en ese mundo ideal á que aspiran tantos mortales y donde tan pocos adquieren derechos de ciudadanía. No le corresponde tal honor por un solo título, sino por varios, todos indiscutibles y ninguno olvidado en el transcurso de los tres siglos que de él nos separan, aunque, según el carácter y las predilecciones de cada época, se haya dado mayor importancia á este ó aquel aspecto de su personalidad moral, científica y literaria.

El retiro del claustro y las tareas de la enseñanza, el género de estudios que cultivó y la índole de su inspiración poética, esencialmente subjetiva, han sido circunstancias poco propicias para el logro de la popularidad que debe á otras causas, tales como la simpatía que despierta el recuerdo de sus no merecidos infortu-

nios, la variedad y excelencia de aptitudes que atesoraba su ingenio y la difusión de algunas de sus obras, y especialmente de ciertos rasgos líricos cuya belleza se deja sentir de todos por la naturalidad hechicera de la forma.

Ya hemos dado hartas pruebas de que Fr. Luis de León llegó á ser, á despecho de envidiosos é ignorantes, oráculo de la Universidad de Salamanca, y á esa estimación corresponde el sufragio unánime de los más ilustres hijos de España á fines del siglo XVI y principios del XVII. Gloriábanse de haberle tenido por maestro los teólogos como Fr. Pedro de Aragón (1), el *eximio* Francisco Suárez (2), el P. D. Antonio de Molina (3) y Basilio Ponce de León (4); le apellidó *luz y gloria de España* el Obispo de Tarazona D. Fr. Diego de Yepes (5); el licenciado Luis Muñoz dijo de él que *no le aventajó hombre en su tiempo* (6), y el pintor Fran-

(1) In 2. 2.^o Divi Thomae Doctoris Angelici commentariorum. Tomus primus.—Salmanticae, 1584.—En el prólogo ensalza con entusiasmo los méritos de Fr. Juan de Guevara y Fr. Luis de León.

(2) *In tertiam partem D. Thomae*, quaest. 73, art. 5, disput. 41, sectio 1.—Disiente aquí Suárez de la opinión de Fray Luis, pero mencionándole con estas palabras: *De hac re... sapientissimus magister meus Luissius Legionensis*.

(3) «Lo cual asimismo lo sintió y enseñó mi maestro el doctísimo P. Fr. Luis de León...» *Instrucción de Sacerdotes*, trat. II, cap. XIII, § II. De la obra de Molina, que está traducida en varias lenguas, existen innumerables ediciones.

(4) Cítale con frecuencia en sus obras latinas y castellanas, y en los *Discursos evangélicos de Cuaresma* (tomo III, pág. 44) le llama *hombre nacido para admiración y prodigio de su siglo*.

(5) *Vida de Santa Teresa*, lib. III, cap. 19.

(6) *Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Fray*

cisco Pacheco le dedicó un elogio copiado en otro lugar y del que sólo recordaremos esta afirmación: «... fué la mayor capacidad de ingenio que se ha conocido en su tiempo para todas las ciencias y artes...»

Sería tan fácil como innecesario y enfadoso aducir nuevos pasajes de innumerables autores que concuerdan con los ya citados; pero no parece que deban omitirse los testimonios de Cervantes, Lope de Vega y Quevedo.

He aquí el de Cervantes en *La Galatea* (1):

Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazón, pastores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto,
Y que pudiera en éxtasis robaros.

Luis de Granada. Fol. 5. Madrid, 1639.—En la misma obra (lib. III, cap. 9) se lee el siguiente pasaje, citado ya por Mayans: «Constame de original muy cierto que el gran maestro Fray Luis de León, de quien ya hicimos mención en este libro, escribió á Arias Montano, su grande amigo, que retirado en una casa que tiene el convento de San Agustín de Salamanca, en una isleta que hace el río, que describe en la introducción del lib. 2.^o de los *Nombres de Cristo*, leyó todas las obras del Padre Fr. Luis de Granada, y que había aprendido más de su lectura que de cuanta Teología escolástica había estudiado, y que de allí adelante serían su principal estudio. Es certísimo que el P. Maestro Fr. Luis de León alababa con grandes encarecimientos el estilo, elegancia y vigor en el persuadir del Padre Fr. Luis de Granada; decía que le había dado Dios el dón de la elocuencia cristiana. Dióse este gran varón los últimos años de su vida á la lección de libros espirituales, y en aquel tiempo eran los de nuestro maestro (Granada) los que más ruido hacían en España; salió con su lección tan aprovechado en lo místico, como antes docto en lo escolástico; pocos le igualaron en su siglo; será asombro en los venideros.»

(1) Lib. VI, *Canto de Caliope*.

En él cifro y recojo todo cuanto
He mostrado hasta aquí y he de mostraros.
Fray Luis de León es el que digo,
A quien yo reverencio, adoro y sigo.

Lope de Vega, en el *Laurel de Apolo*, dice:

¡Qué bien que conociste
El amor soberano,
Agustino *León*, *Fray Luis* divino,
Oh dulce analogía de Agustino!
¡Con qué verdad nos diste
Al Rey Profeta en verso castellano,
Que con tanta elegancia traducistel
¡Oh, cuánto le debiste,
Como en tus mismas obras encareces,
A la envidia cruel, por quien mereces
Laureles inmortales!
Tu prosa y verso iguales
Conservarán la gloria de tu nombre,
Y los *Nombres de Cristo* soberano
Te le darán eterno, porque asombre
La dulce pluma de tu heroica mano,
De tu persecución la causa injusta.
Tú fuiste gloria de Augustino augusta,
Tú el honor de la lengua castellana,
Que deseaste introducir escrita,
Viendo que á la romana tanto imita,
Que puede competir con la romana.
Si en esta edad vivieras,
Fuerte *León* en su defensa fueras.

No son ciertamente los florilegios rimados las obras á que deben Cervantes y Lope su gloria inmortal, ni ha de verse en ellos siempre la expresión de un juicio desapasionado y sincero, pues todos saben la facilidad con que prodigaron las guirnaldas más ostentosas. A pesar de esto y de que en los versos transcritos brilla poco el esplendor de la poesía, tienen aquí las alaban-

zas de ambos eminentísimos ingenios el valor de que no están dictadas por la amistad (1), siendo, en cambio, muy razonables y merecidas.

Quevedo, que prestó á las letras españolas un señaladísimo favor sacando de la oscuridad las poesías de Fr. Luis de León, y se propuso atajar con ellas y con las de Francisco de la Torre la desenfrenada y cenagosa corriente del culteranismo, encabezó la publicación con una dedicatoria al Conde-Duque de Olivares, donde dice que las obras del ilustre agustino son el singular ornamento y el mejor blasón del habla cas-

(1) Así puede asegurarse con gran probabilidad y casi con certeza, aunque no por razones cronológicas. Lope de Vega, en la carta dedicatoria de su comedia *El ver 'adereo amante*, habla del *celestial ingenio* de Fr. Luis, y refiere la curiosa anécdota siguiente: «En una de aquellas famosas librerías de Sevilla pidió el P. Fr. Luis de León una Biblia, si acaso la tenían, hebrea. Dióselo el dueño, admirado de que la pidiese, y mucho más de vérsela leer en alta voz; pero llevando consigo un sobrino suyo, ingenio singular y del mismo hábito, pidió otro cualquiera libro, si acaso le tenían, en la lengua hebrea; dióle el librero *Los salmos de David*, de maravillosos caracteres é impresión del excelente Plantino, y comenzando á leer disparates, porque ignoraba la lengua entonces, volvió Fr. Luis á reprenderle airado, á quien el sobrino dijo: Déjeme Vuesa Paternidad, que para el señor librero tan hebreo es esto como esotro.» Si el sobrino á que alude Lope de Vega es Basilio Ponce de León, que profesó en 10 de Septiembre de 1592, más de un año después de la muerte de Fr. Luis, la anécdota parece inverosímil. Los padres de Fr. Basilio fueron D. Pedro de Alarcón y D.^a Isabel Ponce de León, según consta por la partida correspondiente, de que tengo copia, y que figuraba en el libro de profesiones de los Agustinos de Salamanca. La D.^a Isabel, á quien el P. Méndez llama D.^a Elvira y otros D.^a Mencía de Varela, debía de ser prima, no hermana, de Fr. Luis de León.

tellana», y á vuelta de farragosas citas y alardes de erudición, entreverados de flechas satíricas contra los secuaces de Góngora, encarece en los versos de Fray Luis «lo serio y útil de los intentos..., la dialéctica de los discursos..., la pureza de la lengua..., la majestad de la dicción..., la facilidad de los números... y la claridad...», cosa esta última de que no es modelo el prolijo discurso del editor.

Fuera de España corrió el nombre de Fr. Luis de León la misma suerte que los de otros muchos compatriotas nuestros, cuyos escritos no eran estimados en el extranjero porque se conocía poco la lengua castellana, y más aún por la incomunicación intelectual, que nos alejó en gran parte del resto de Europa, y que aún hoy mismo subsiste. El comentario latino de Fr. Luis sobre el *Cantar de los Cantares* adquirió cierta relativa celebridad, según puede colegirse de los encomios que le tributan el historiador J. A. de Thou (1), Ghisleri (2), Bossuet (3) y otros. Algo semejante hubo de ocurrir con el tratado *De utriusque Agni typici atque veri immolationis legitimo tempore*, que tradujo y comentó en francés el jesuita Gabriel Daniel, afamado impug-

(1) *Historia mei temporis*, lib. 99.

(2) *Commentarii in Canticum Canticorum*, Parisiis, 1613.— Antwerpiae, 1616. El Doctor Reusch (obra cit., pág. 71) transcribe algunas expresiones en que Ghisleri manifiesta aprecio sumo de Fr. Luis, entre ellas la siguiente: «Aloysium Legionensem, ut verum fatear, inter eos qui litterae sonum explicant in hoc Cantico, semper meritoque censui antesignanum.»

(3) «Aloysius Legionensis divinorum librorum apud Salmanticenses interpres, canticum canticorum explanavit pari pietatis, doctrinae et elegantiae laude.» *Praef. in Cantic. Canticorum. Œuvres complètes de Bossuet*. I, 250, Paris, Didot, 1836.

nador de las teorías cartesianas y de *Las provinciales* de Pascal (1).

Durante el siglo XVIII se reimprimieron con frecuencia y fueron muy leídas y admiradas en España las obras de Fr. Luis de León; pero el meticuloso gusto neo-elásico no acertó á vislumbrar todas sus bellezas, atendiendo casi exclusivamente á las más externas y accesibles, á las que se podían tasar por los cánones de una preceptiva superficial y estrecha. Los representantes de la escuela salmantina se mostraron, por lo general, muy apasionados del maestro León, y sobre todo su hermano de Orden, Fr. Diego González, que se complacía en frecuentar el deleitoso paisaje de *La Flecha*, inmortalizado por el autor de *Los Nombres de Cristo* y *La Vida del campo*, y procuraba imitarle en la pureza de sentimientos y de estilo, ya que no pudiera seguir el arrebatado vuelo de su inspiración, contentándose con llegar á una esfera mucho más humilde. Los poetas de la escuela sevillana, idólatras de Herrera, echaban de menos en Fr. Luis de León aquella pulcritud, á veces nimia y convencional, y aquella pompa que ellos custodiaban religiosamente como tradición de familia; y así todos ó casi todos hubieran suscrito el consejo que D. Alberto Lista dió en los siguientes versos:

Imitarás la suavidad sublime
Y candorosa de León, mas huye
Tal vez su tosco desaliño... (2)

(1) *Traduction du système d'un Docteur espagnol sur la dernière Pâque de N. S. avec des réflexions sur ce système*. Paris, 1695. Véase la *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, por los Padres Backer y Sommervogel. (Bruxelles, 1891.) *Bibliographie*. Tomo II, col. 1799.

(2) *Epístola á D. Fernando de Rivas*.

Quien menos conforme debía de estar con este juicio era D. Manuel María de Arjona, cuyo análisis de las odas de Fr. Luis (1) se ajusta a un criterio bastante amplio y contiene algunas apreciaciones dictadas por la admiración fervorosa y el entusiasmo sin límites. Así, por ejemplo, refiriéndose á una composición que no figura entre las más célebres del gran maestro (la dedicada al nacimiento de la hija del marqués de Alcañices), dice resueltamente el crítico: «Esta oda bastaba para gloria inmortal de nuestro autor y de toda la poesía española. No hay cosa en ella que no sea admirable, ni se encontraría otra mejor en los poetas de las demás naciones, incluso los griegos y latinos.» Así también afirma que la profecía de Nereo, cantada por Horacio, no puede competir con la *Profecía del Tajo*; y al hablar de la oda *A la Ascensión*, se expresa en los siguientes términos: «No tiene más que cinco estrofas; pero éstas bastarían para dar á León la corona de la lírica moderna. Toda ella es belleza y grandeza. Desde su entrada se echa de ver un vuelo tan superior al de Píndaro, cuanto excede el triunfo que celebra León al del poeta griego.»

(1) Publicado en *La Ciudad de Dios*, XV, 469-486. El docto humanista D. Juan Tineo comenzó á escribir un estudio de la misma índole, al que alude el P. Merino sin citar el nombre del autor; y compuso también el prólogo que debía preceder á una nueva edición de las poesías de Fr. Luis, y que con otros manuscritos regaló don Adolfo de Castro á la Academia Española, donde se conserva. Tineo censura en él duramente á don José L. Munárriz, traductor de Blair, y refiriéndose á la *Colección* publicada con el pseudónimo de D. Ramón Fernández, habla muy mal del discurso con que va encabezado el tomo XVIII y del descuido con que fueron reimpresas en el X las obras poéticas de Fr. Luis de León.

Prêscindamos de los editores y biógrafos que tuvo Fr. Luis en este período, desde Mayans hasta el Padre Merino (1), y pasemos á ver cómo sintieron de aquél y cómo aquilataron sus merecimientos de prosista y de poeta los eruditos que por entonces aspiraban á inventariar las riquezas de nuestra literatura, y á bosquejar su historia razonada y metódica.

D. Antonio de Capmany (2) y el abate Marchena (3) trazaron sendos paralelos de León y Granada, y es curioso advertir en qué difieren, ó coinciden, ó se completan la opinión del creyente sincero y patriota fervoroso y la del apóstata afrancesado.

«Por lo que puedo juzgar en general de la prosa del maestro León—dice Capmany—hallo que sus pensamientos son menos vagos y comunes que los del maestro Granada, y ciertamente más poéticos. Sus símiles también son más propios y expresivos, las comparaciones más nobles y adecuadas, y los contrastes estriban más en las ideas que en las palabras. En la elocución tiene más nervio y originalidad que Granada, pero tiene menos redondez, grandiosidad y dulzura. Sus pinceladas tienen más colorido y sombras más fuertes, bien que no tanta corrección y asiento. En la grandeza y alteza de las ideas son iguales; pero León respira más fuego y menos artificio retórico. Sublime

(1) Ambos muy beneméritos é inteligentes, sobre todo el segundo, pues Mayans atribuyó al insigne agustino una versión de *La Eneida*, completamente indigna de tan noble origen. Análogas equivocaciones cometieron D. Juan J. López de Sedano, colector del *Parnaso Español* y el P. Francisco Méndez.

(2) *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*. Tomo III. Madrid, 1787.

(3) *Lecciones de Filosofía moral y Elocuencia*. Burdeos, 1820.

es también éste, como Granada, pero más en las imágenes que en los sentimientos. Y como Granada exhortaba, persuadía y reprendía en sus escritos, por esto va derecho al corazón del lector, y esta es la causa de tener más unción, sobre todo en lo patético, que no pertenecía al género de escribir, ni á los asuntos de León. Éste no podía sentir tanto como Granada, pero pintaba con más vigor lo que sentía; y así hablaba más á los sentidos, porque se servía más de su imaginación rica y fecunda. Por último, he advertido que la pluma de Granada era más suelta, más ejercitada, y su estilo más fácil y suave; pues el esmero particular que confiesa el mismo León que puso en la medida, peso y examen de cada palabra, se habría de sentir después. Sin embargo, á pesar de este cuidado, únicamente consiguió dar cierto número y colorido á las frases, porque sólo Granada fué criador de la armonía y elegancia castellana. Pero los pensamientos de León son tan profundos, y la expresión tan nueva, ó, con más propiedad, tan suya, que su mismo estilo ha venido á ser su retrato y su divisa, que le distingue, le caracteriza y le ha hecho hasta ahora inimitable. Es una librea con que no puede disfrazarse ningún otro escritor.»

Ni la impiedad fanática de Marchena, ni las extravagantes ideas que profesaba en materia de arte literario, impidieron que fuese lector asiduo de la *Guía de pecadores* y panegirista de los *Nombres de Cristo*, donde le ofendía sólo el ningún valor del asunto (!). Con esta blasfemia insensata forma contraste la hermosura del fragmento que vamos á transcribir, y en el que apenas cabe señalar como tachas la inexactitud de alguna afirmación incidental y los resabios de amaneramiento y las cacofonías del lenguaje: «Puesto que las similitudes

que entre los grandes ingenios se descubren son siempre en extremo defectuosas, porque, guiados todos ellos del impulso de su alta inteligencia, cada uno vuela por regiones distintas, todavía es cierto que entre los clásicos franceses el que más á Granada se asemeja es Bossuet como Massillón al maestro León: León y Granada fueron ambos versadísimos en la antigua literatura eclesiástica y profana; ambos desterraron de su estilo los muelles y afeminados adornos, los retruécanos, las argucias y las sutilezas; ambos manejaron con indecible maestría el habla castellana; ambos la pulieron y perfeccionaron: Granada se deleitó más en la literatura sagrada que en la profana, la cual, empero, en alto grado poseía: León hallaba más embeleso en la imitación de los modelos de los siglos de Augusto y de Pericles. El idioma en el maestro León es más terso y más candente; en Fr. Luis de Granada más osado y más vigoroso. En aquél luce más el buen tino y el acendrado gusto; en éste campea el alto ingenio y la vasta imaginación. La inteligencia del primero es más valiente; la razón del segundo más fuerte, más consiguiente y más metódica. Granada arrastra con su elocuencia, cual desatado raudal sin márgenes ni vallas; León, semejante á un purísimo y caudaloso río que por amenos prados se desliza, plácidamente nos lleva adonde van sus corrientes. El robusto estilo del primero linda á veces con la aspereza; la blandura del segundo nunca degenera en afeminada molicie: La pluma del maestro Granada corre más suelta por las pinturas trémendas de las venganzas de la justicia divina, de la fealdad del pecado, de las grandezas de Dios, de la nada del ser humano: la del maestro León se complacía en celebrar las misericordias de la redención, el infatigable afán